

Acerca de la insuficiencia de la teoría económica, la década perdida y otros eclipses

Claudio Bagú

1. El espejo de la realidad no refleja las teorías económicas

Las crisis suelen ser momentos propicios para poner en tela de juicio la vigencia y pertinencia de las teorías económicas. La terca obstinación con que la realidad latinoamericana se resiste a obedecer el mandato de las prescripciones emanadas de políticas económicas de diverso cuño, particularmente en el largo plazo, llama a reflexionar en el momento actual no sólo acerca de la mejor caracterización de la crisis, sino acerca de la capacidad de los instrumentos de política gubernamental para afrontarla y resolverla, lo cual nos lleva a preguntarnos acerca de la validez de la teoría que los justifica.

La crisis de los ochenta en América Latina constituye un hecho real, objetivo, palpable. Ha significado una "década perdida" para el desarrollo económico de la región y, amén de las consecuencias inmediatas que se manifiestan en la ingente deuda externa, la inflación crónica y el desempleo, ha tenido numerosas y graves consecuencias en todos los órdenes, particularmente en el incremento de las desigualdades sociales y el alejamiento progresivo de opciones autónomas de desarrollo. Los orígenes de esta crisis se remontan, en gran medida, mucho más allá de la coyuntura reciente. El atraso secular, la subyugación, los contrastes exacerbados, en fin, todo lo que ha conducido al subdesarrollo que padecemos hoy, tiene hondos raíces que calan en el pasado

colonial y hablan por sí mismos de quinientos años de dominación externa e interna.

Uno de los factores que ha contribuido en forma significativa a esta situación pero que, paradójicamente, es sistemáticamente marginado del análisis, tanto en el ámbito periodístico como en el académico y, desde luego, en el político, es la insuficiencia de la teoría económica actualmente en boga para aprehender y dominar la elusiva realidad que nos abruma. Los escasos éxitos parciales en la conducción de las economías de América Latina —sobre los que aún pende un gran signo de interrogación—, no parecen ser tanto mérito de una teoría económica rigurosamente aplicada sino más bien producto de capacidades circunstanciales de control político sobre las coyunturas de cada país: México y Chile parecen agotar la lista de ejemplos disponibles. Por el contrario, intentos claramente economicistas de pleno derecho han terminado en rotundos fracasos o bien implican costos sociales y políticos tan altos que ponen en riesgo la estabilidad misma de cada nación como proyecto institucional de largo plazo: Argentina, Perú, Brasil, Venezuela así lo atestiguan en fechas recientes. Otros países navegan entre dos aguas: entre una capacidad política de control interno que no es su signo dominante pero que medianamente alcanza para postergar, así sea hasta las siguientes elecciones, los síntomas más críticos del descalabro social: Colombia, Ecuador, Costa Rica, Uruguay, Bolivia.

2. En busca de la bola de cristal

Con excepción quizás del periodo anterior a David Ricardo (1776-1823), el nacimiento de las nuevas teorías que en sus respectivos momentos trascendieron la coyuntura y aportaron nuevos enfoques y críticas a la comprensión del fenómeno económico, está por lo general ligado a situaciones de crisis. En efecto, desde las primeras teorías mercantilistas del



siglo XVII hasta Adam Smith (1723-1790), el fenómeno económico se percibe entre los pensadores europeos como un complemento de la filosofía y como parte de la política. Las relaciones fundamentales que establecen se adoptan desde una perspectiva naturalista, racionalista, y por lo general, optimista. Aún este periodo inicial dista de ser completamente reposado: la respuesta fisiocrática frente al mercantilismo se justifica fundamentalmente a partir de la decadencia de la agricultura francesa como consecuencia de la expansión acelerada del comercio internacional.

Las teorías de Ricardo, publicadas por primera vez en 1817, respondían a la necesidad de organizar un cuadro conceptual luego del intenso debate sobre las leyes de granos en Inglaterra y las consecuencias del bloqueo napoleónico, en el periodo 1815-17. Las profundas transformaciones sociales introducidas por la Revolución Industrial, ya percibidas por Ricardo, dieron pie a Marx para denunciar la explotación de los trabajadores en el sistema capitalista y anticipar una crisis de grandes magnitudes, que habría de producirse en 1848. Los fundamentos de la teoría económica de Marx ya estaban plenamente identificados para esas fechas, aunque el primer volumen de *El Capital* se publicaría sólo hasta 1867. Entre una y otra fecha se sucedieron dos crisis importantes en Inglaterra, la primera en 1857 y la segunda en 1866, las cuales coadyuvaban a reafirmar la posición de Marx respecto a la inminencia de una gran crisis del capitalismo y la necesidad de completar su interpretación teórica al mismo tiempo que se abocaba con intensidad a la organización del movimiento político que encabezaría la construcción de una sociedad socialista. Pasarían aún las crisis de 1873 y 1882 antes de su muerte, las que no confirmaron su predicción de una catástrofe final del sistema, pero dieron pauta suficiente a otros autores para impulsar la búsqueda de un nuevo enfoque: el neoclasicismo de Marshall, Menger, Jevons y Walras, que proporcionaron a la formulación teórica nuevas bases formales junto con una visión reduccionista y conservadora de la evolución económica.

Si observamos la gran crisis de 1929, nos resulta difícil constatar que sus consecuencias no sólo se hicieron sentir en los hechos cotidianos y en la política sino también sacudieron el orden intelectual y dieron lugar, entre otras, a las formulaciones de Keynes, Kalecki, Schumpeter y Veblen que propusieron visiones —aunque teórica y metodológicamente alejadas entre sí— coincidentes todas en su crítica a la insuficiencia del marco neoclásico. Paralelamente a estos cambios, autores como Schumpeter y Myrdal habían comenzado ya a llamar la atención sobre fenómenos de cambio social que estaban ocurriendo en países geográficamente distantes de Europa, particularmente en Asia y África, hechos que ponían severamente en tela de juicio la vigencia de las teorías

económicas que, aunque no sin dificultades, podían aún ser más o menos aceptables en el contexto europeo y estadounidense. De estas críticas surgieron proposiciones acerca de la existencia de una "teoría del crecimiento" que, por una parte, alcanza expresión formal en modelos como los de Lewis, Harrod y Domar y, por otra, encuentra un complemento historicista en la formulación de las "etapas del crecimiento económico" de Rostow.

La teoría del desarrollo surge como crítica a la visión estática de los enfoques tanto de equilibrio general como de equilibrio parcial, pero heredando sus conceptos e instrumental básico. De este modo, encontró terreno fértil en las proposiciones de desequilibrio de Keynes, Kalecki y Schumpeter así como en las concepciones estructuralistas y neoricardianas de Robinson, Sraffa, Pasinetti, Garegnani y Lange. No obstante, en periodos más recientes, la teoría del desarrollo confrontó serias dificultades, al menos en dos frentes: en el plano teórico, recibió fuertes críticas tanto de marxistas como de neoclásicos; en el plano de la verificación empírica e histórica, por otra parte, los derroteros del subdesarrollo y la virulencia de la crisis de los años ochenta en América Latina indicaron la necesidad de revisar en profundidad las carencias y limitaciones de dicha teoría.

Luego del fracaso de las políticas expansionistas promovidas hasta mediados de la década de los setenta en los países industrializados, se observa un rescate de las posiciones del monetarismo de principios de siglo, particularmente a través de autores como Friedman, Dornbusch y otros. Este movimiento promovió también la aparición de nuevas corrientes conservadoras, tales como la denominada de "expectativas racionales", y cuyos autores más representativos son Muth, Lucas, Sargent y Wallace y la "economía de la oferta" de Kemp, Roth y Laffer. Todas ellas confluyen en diverso grado en lo que se ha denominado "el resurgimiento neoliberal", pues si ostentan ciertas diferencias en el terreno de la teoría económica pura, coinciden en general en las implicaciones en el ámbito político e institucional.

Casi todas estas teorías surgen en Europa y algunas en Estados Unidos, pero no parecen hacer mella ante la terca obstinación del mundo subdesarrollado que se empeña en desobedecer todas y cada una de las nuevas leyes de la economía promulgadas desde los templos sagrados de la sabiduría occidental y, más recientemente, desde las oficinas de sus banqueros de confianza.

En América Latina se alzó la voz discordante de Raúl Prebisch en los años de posguerra, quien a partir de un análisis estadístico e histórico establece la tendencia secular al deterioro de los términos de intercambio en el comercio exterior de la región y propone un marco interpretativo basado en las relaciones centro-periferia y el desarrollo dependiente, con base en una extensión del enfoque

keynesiano, en su época el paradigma dominante de la teoría económica. De esta posición surge también una línea de política económica, que ya tenía sus antecedentes importantes en la región: promover la sustitución de importación y planificar la economía.¹

A partir de la crisis de la deuda externa de 1982 y sus secuelas, se fortalecen en América Latina las corrientes de inspiración monetarista sin que sus recetas encuentren plena demostración de eficiencia en las deterioradas economías de América Latina, sin entrar a cuestionar el trasfondo ideológico de dichos enfoques. La efímera superación de la crisis por los planes heterodoxos de estabilización de Argentina, Brasil y Perú, el relativo éxito algo más estable logrado en Bolivia por un programa monetarista y, sobre todo, los innegables avances logrados hasta el momento en México y Chile en cuanto a reducir sustancialmente los índices de inflación, tienden a consolidar la preminencia de este último enfoque en la región. Reflejo de ello son las actuales propuestas en Brasil, Argentina, México y Perú, que coinciden en casi todos los puntos del programa económico pero difieren en la naturaleza de los distintos apoyos políticos que reciben y los mecanismos institucionales para garantizarlos.²

Cabe apuntar que, en el caso de México, los distintos planes estabilizadores de tipo monetarista no obtuvieron el control de la crisis financiera sino hasta que se logró formalizar una alianza política expresa entre el Gobierno, los representantes empresariales más conspicuos y los sindicatos oficiales que, por su peso, obligaron a involucrarse al resto de los actores sociales y económicos en el pacto.

En resumen, el surgimiento de nuevas teorías económicas en la historia pareciera estar bastante ligado a la presencia de crisis estructurales. Sin embargo, ninguna de estas teorías ha logrado verificar plenamente sus postulados aún cuando los gobiernos deciden *implementarlas* concientemente como ejes vertebradores de su política. No todas las crisis, sin embargo, han generado teorías nuevas. Lo apuntado sobre el retorno del enfoque monetarista bastaría para comprobar esta afirmación.

3. Quo vadis?

Este proceso histórico pone de manifiesto dos aspectos críticos que tienen que ver con la ontología misma de la teoría económica. Por una parte, resulta evi-

dente que la teoría económica ha sufrido un proceso de construcción a partir de reemplazos generalmente destructivos y dramáticos de fundamentos elaborados por generaciones anteriores. Como perseguidos por un angustioso complejo de Edipo, los economistas incineran periódicamente los enfoques heredados de sus antecesores inmediatos y se abocan a construir nuevos planetas en donde "sus" teorías se hagan realidad, aunque sean en ellos, como en *El principito*, sus únicos habitantes. También a ellos se les aplica el famoso apóstrofe de Keynes dirigido a los "hombres prácticos".

Las ideas de los economistas y los filósofos políticos, tanto cuando son correctas como cuando están equivocadas, son más poderosas de lo que comúnmente se cree. En realidad, el mundo está gobernado por poco más que esto. Los hombres prácticos, que se creen exentos por completo de cualquier influencia intelectual, son generalmente esclavos de algún economista difunto. Los maníacos de la autoridad, que oyen voces en el aire, destilan su frenesí inspirados en algún mal escritor académico de algunos años atrás.³

A diferencia de la ciencia física, que partiendo de la astronomía de Kepler y la mecánica de Galileo y Newton, agrega sucesivamente los capítulos de termodinámica, electromagnetismo, mecánica cuántica y relatividad en forma modular, cuestionando pero no borrando del mapa teórico cada capítulo anterior, la historia del pensamiento en economía nos muestra no sólo agrias disputas sino inclusive el reemplazo total de paradigmas como pauta de evolución. El enfoque neoclásico no se plantea como el capítulo de teoría de la empresa dentro del cuadro general de la teoría vigente, sino como un sustituto de la teoría misma en su conjunto. Este desplazamiento es harto visible hasta el día de hoy en la literatura anglosajona, en donde las expresiones "teoría económica" y "pensamiento neoclásico" se utilizan como sinónimos, con ligeras variaciones.

Por otra parte, surge el siguiente interrogante: ¿se debe el fracaso de la teoría económica — juzgada por sus resultados, como propone Milton Friedman— a sus propios defectos e inconsistencias o, por el contrario, a las limitaciones impuestas por los instrumentos con los cuales se pretende utilizar?

La insuficiencia de la teoría económica puede argumentarse en diversos planos. Una lista no exhaustiva podría ser la siguiente:

- a) incoherencia lógica interna;
- b) inconsistencia empírica con la realidad;

¹ Bagú, Claudio (1986), "El Estado en la teoría del capitalismo periférico de Raúl Prebisch", *El economista mexicano*, vol. XIX, núm. 2, México, Colegio Nacional de Economistas.

² Bagú, Claudio (1991), "El tránsito al neoliberalismo en América Latina: 1975-1990", *Enciclopedia Europea*, Roma, Ed. Garzanti.

³ Keynes, J.M. (1963). *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, México, Fondo de Cultura Económica.

c) incompetencia para establecer el vínculo entre variables económicas "puras" y fenómenos socio-políticos;

d) ideologización del análisis de las relaciones sociales y políticas a través de pseudo-categorías "económicas";

e) incapacidad para establecer modelos de aceptación universal susceptibles de ser introducidos en mecanismos de planificación;

f) ausencia de una conceptualización del cambio estructural de largo plazo;

g) impracticidad de sus postulados para ser verificados empíricamente.

Para iniciar la superación de estas deficiencias resulta fundamental considerar que la economía, en tanto que ciencia social, implica incluir la dimensión de la subjetividad humana, sea en su expresión individual como en sus manifestaciones de lo colectivo.

Lo anterior nos lleva a una segunda consideración. Los postulados de cualquier teoría económica se inscriben necesariamente en un marco institucional e histórico. Por ende, el desarrollo de las instituciones sociales y políticas condiciona la vigencia de la teoría económica. Se sostiene, por ejemplo, que la formación de precios en una economía de mercado, depende de las características de la oferta y la demanda. Pero antes que ello, depende de la existencia misma de un mercado en el cual tanto la oferta como la demanda se puedan expresar. El mercado es una institución social regulada. Al variar las características de su regulación, variarán por lo tanto no sólo el nivel de precios sino las formas mismas de su determinación. Otro ejemplo es el que proporciona el concepto fundamental de propiedad: el cálculo económico —y, por ende, la elaboración de teorías económicas— es radicalmente diferente según se defina el concepto de propiedad.⁴

En términos del lenguaje de los economistas, diríamos que no sólo se trata de un problema de determinar el valor de la variable dependiente (precios), sino también de determinar el valor de los parámetros institucionales (condiciones de mercado), los cuales no necesariamente pueden ser deducidos a partir de series estadísticas simples. Más aún, ni siquiera se puede estar completamente seguro del número y tipo de ecuaciones indispensables para completar el modelo. Es obvio que, en estas circunstancias, no existe ninguna teoría convencional que pueda pasar la prueba.

El razonamiento anterior nos conduce, en tercer lugar, a destacar la importancia del concepto de estructura. Aclaremos: si no es posible establecer el número y tipo de relaciones fundamentales sin incurrir en convenciones y arbitrariedades, ¿será posible

construir una teoría después de todo? Creemos que sí. Para que el conjunto de las leyes que describen el comportamiento económico tenga coherencia, es indispensable definir primero el objeto de estudio sobre el que dicho conjunto se aplica. Sin embargo, las teorías marcoeconómicas no definen en forma explícita en qué consiste la estructura de tal objeto, lo cual frecuentemente lleva a considerar este concepto fundamental desde dos perspectivas generalmente conflictivas entre sí: por una parte, es usual encontrar la expresión "estructura de la producción" como sinónimo de la distribución de participaciones relativas de cada sector en el producto total; por otra, se afirma que el concepto de "estructura" corresponde al conjunto de valores que asumen los parámetros de un sistema de ecuaciones que representa la conducta global de la economía. Ambos criterios serían equivalentes sólo si el valor de los parámetros coincidiera con las participaciones sectoriales relativas asumidas como ponderadores, lo cual no necesariamente es el caso general. Más aún, en el caso que los parámetros escogidos para un sistema de ecuaciones representen "factores institucionales", ambos criterios disienten en forma esencial. Ninguna de las dos aproximaciones, además, tiene nada que ver con la conocida definición de Robbins de "ciencia económica", que al indagarle el estudio de la asignación óptima de recursos escasos para satisfacer fines determinados, la equipara más con una técnica administrativa que con una ciencia social.⁵ Recordemos, de paso, que ni siquiera el propio Marshall se atrevió a ir tan lejos: para él, "la economía política o ciencia de la economía es el estudio de las actividades del hombre en los actos corrientes de su vida; examina aquella parte de la acción individual y social que está más íntimamente relacionada con la consecución y uso de los requisitos materiales del bienestar."⁶

Tanto el enfoque paramétrico como el enfoque distributivo sectorial de la noción de "estructura" poco o nada tienen en común con el enfoque marxista, que acentúa la distribución de la propiedad de los medios de producción entre clases sociales —es decir, una institución social—. Por tanto, la marxista puede considerarse como una "teoría de procesos", en tanto que las diferentes versiones no marxistas constituirían "teorías del producto". Esta perspectiva abre la posibilidad de considerar, sin embargo, que ambas aproximaciones a la noción de estructura económica no necesariamente deban ser incompatibles.

⁵ Robbins, Lionel (1932), *An essay on the nature and significance of economic science*, London.

⁶ Marshall, Alfred (1980), *Principios de economía política*, México, Fondo de Cultura Económica.

⁴ Bettelheim, Charles (1972). *Cálculo económico y formas de propiedad*, México, Siglo XXI.

Por otra parte, la falta de una visión teórica internamente coherente y exteriormente consistente con los datos empíricos ha llevado, entre otros efectos visibles, a que no se haya logrado construir un método universalmente aceptado de planificación económica. El sensible retroceso de la planificación del desarrollo en América Latina y en otros países no se debe tanto a una demostración contundente de las bondades del sistema de mercado, cuyos vicios e incapacidades —esos sí— siguen evolucionando, como a la ausencia de un marco teórico integrado, verificable y suficientemente operativo.

Esta insuficiencia esencial ha llevado, entre otras cosas, a que el ejercicio de la planeación del desarrollo sea cada vez más declarativo y menos específico o, si se prefiere, cada vez más cualitativo y menos cuantitativo, lo cual no es sino una forma elegante de esconder su impotencia. Los planes de desarrollo en América Latina, como expresión de la política económica gubernamental, son cada vez más administrativos y generales y su cumplimiento depende progresivamente de la observancia de ordenamientos jurídicos y pactos políticos más que de la eficacia de preceptos de teoría económica. Con ello también, el plan pasa a ser simplemente la justificación del presupuesto, en lugar de que éste sea el instrumento de aquél.⁷

Agreguemos, colateralmente, que la despreocupación por la comprobación empírica de las teorías tiene tanto antiguos e ilustres antecedentes como modernos epígonos, que van desde Hegel hasta Friedman. En fechas recientes, Wassily Leontiev, Premio Nobel de Economía, llamó la atención sobre la proclividad de los autores a eludir el principio de verificación empírica de postulados teóricos. En un sencillo cuadro estadístico, Leontiev demostró cómo los artículos publicados en *The American Economic Review* —posiblemente la revista de habla inglesa de mayor prestigio en el área—, en su gran mayoría, no incluían ejercicios de verificación empírica de sus afirmaciones. En efecto, según la clasificación de Leontiev, entre dos terceras y tres cuartas partes de los artículos, publicados entre 1972 y 1977, comprenderían o bien modelos matemáticos sin datos, o bien análisis sin ningún tipo de formulación matemática o datos estadísticos, o bien observaciones sobre metodología estadística.⁸

4. Tiempo al tiempo

Entre las ausencias más notables de la teoría económica destaca una en particular: el análisis en el tiempo, esto es, el estudio en el largo plazo de las variaciones en los fenómenos económicos. Esta es una característica notoria tanto en el enfoque neoclásico como en el keynesiano, pero también es visible en el estructuralismo y aún en los autores clásicos, incluyendo a Marx. Esta carencia, en realidad, no es sino la cara visible de un problema mucho más serio: la ausencia sistemática de una dimensión temporal no hace sino reflejar la carencia de una teoría del cambio.

El enfoque clásico, si bien consideró el largo plazo en su agenda de investigación, no incluyó el proceso de cambio intrínseco en forma sistemática. Esto es, en el largo plazo la economía y la sociedad tienden "naturalmente" a preservarse. Marx invirtió la polaridad: las sociedades tienden a cambiar como resultado de procesos conflictivos. En particular, el capitalismo tenderá a desaparecer como consecuencia de la contradicción creciente entre el desarrollo progresivo de las fuerzas productivas y relaciones sociales de producción que evolucionan en sentido opuesto debido al proceso de acumulación.

Pero Marx, si bien tiene una teoría del cambio que se manifiesta en la crisis final, no nos proporciona herramientas analíticas para el estudio del proceso de cambio al interior de cada ciclo económico. Esto se debe a que Marx, siguiendo a sus antecesores, no propone un correlato temporal a sus variables fundamentales —plusvalor, capital constante, capital variable, tasa de ganancia—, con lo cual los cambios estructurales producidos tanto por el desarrollo de las fuerzas productivas, esto es, el cambio tecnológico, como por la evolución de las relaciones sociales de producción, se convierten en datos exógenos al patrón de acumulación. Recordemos que Marx define sus relaciones vertebrales con referencia a "condiciones históricamente dadas", es decir, en ausencia de una perspectiva dinámica. Por ello, el procedimiento diseñado en el tercer tomo de *El Capital* para resolver la transformación de valores en precios de producción fracasa, debido a que se sustenta en un sólo caso posible, i.e. la igualdad de los procesos técnicos de producción entre los diversos sectores. Suponer composiciones orgánicas de capital diferente entre los diversos sectores implicaría también introducir una noción de cómo estas diversidades se pueden alcanzar, esto es, una teoría del cambio tecnológico, una teoría con dimensión temporal. Esta es la misma razón que subyace a los intentos posteriores de resolver el problema de la transformación, planteado por Marx, dado que tanto Von Bortkiewicz como Seton y Morishima se ven compelidos a introducir gran cantidad de restric-

⁷ Bagú, Claudio (1989) "Medio siglo de planificación del desarrollo en América Latina: notas para un balance", *Revista Interamericana de Planificación*, vol. XXII, Núm. 86, Guatemala, SIAP.

⁸ Leontiev, Wassily (1983). Prólogo a: EICHNER, Alfred (ed.), *Why economics is not yet a science*, London, Macmillan.

ciones adicionales para sus respectivas soluciones sean visibles.⁹

Los neoclásicos reducen el análisis económico no sólo en el plano temporal sino también en el estructural. Suponen que, a largo plazo, los fenómenos son siempre idénticos a sí mismos, es decir, no se registran efectos acumulativos por la acción del tiempo. Igualmente, los fenómenos son agregables, esto es, el comportamiento de la economía en su conjunto es un agregado —interpretado como simple sumatoria— de los comportamientos individuales de empresarios y consumidores. No existen efectos de reciprocidad entre estos últimos. En síntesis, en el planeta neoclásico no existen efectos estructurales, ni en el tiempo ni en el espacio. Este planteamiento reduccionista ni siquiera le hace justicia al propio Alfred Marshall, ya que éste planteó con claridad que, a largo plazo, el determinante fundamental de precios y valores es el costo de producción, en tanto que la oferta y la demanda sólo regían en el corto plazo. En otras palabras, Marshall coincide con Marx y los clásicos en cuanto a que, en el largo plazo, los valores son idénticos a los precios. Lo que los diferencia en el corto plazo es la existencia de la oferta y la demanda. Marx estaba consciente que, en el corto plazo, la oferta y la demanda podían distorsionar los precios de mercado respecto de sus valores, esto es, de sus costos de producción. Por lo tanto, dado que su interés radicaba en la evolución a largo plazo del capitalismo, resultaba más útil utilizar una teoría del valor que una teoría dinámica de precios, ya que, de todos modos, estos evolucionarían hacia los costos de producción en un plazo suficientemente largo. Incidentalmente, esto plantea la observación que el problema de la transformación pudiera estar planteado al revés: si la evolución social y económica se da necesariamente de corto a largo plazo, luego la transformación debe verificarse de precios a valores y no a la inversa, como generalmente se afirma. Pero esto es harina de otro costal.

Marshall centró su análisis, en cambio, en el corto plazo, no sin antes haber prevenido, como ya se apuntó, que una teoría de precios de corto plazo debía ser compatible con una teoría de los costos de producción a largo plazo. Sus discípulos y continuadores, no obstante, parecen haberse olvidado de la aclaración mencionada. Ninguno de ellos, además —ni siquiera el propio Marshall—, proponen una teoría de la transformación, lo cual resulta equivalente a recortar la consideración del correlato temporal. En el mejor de los casos, el largo plazo de los neoclásicos “modernos” se construye a partir de

ecuaciones en diferencias finitas y sólo incluye, como consideración adicional, la existencia de capacidades ociosas.¹⁰

Por su parte, frente a la observación que su teoría sólo contemplaba el corto plazo, Keynes respondió enfáticamente: “En el largo plazo estamos todos muertos”. Los intentos por elaborar una teoría keynesiana de largo plazo son escasos y poco convincentes, destacando quizás, en este sentido, el trabajo de Joan Robinson.¹¹

El estructuralismo de Leontiev y, en general, el análisis de insumo-producto, se basan en una fotografía instantánea de la economía, no en un video de la misma. Se observa la economía en un momento dado, pero a partir de estos datos sólo es posible elaborar conjeturas de muy corto plazo e introduciendo fuertes restricciones. El análisis dinámico, propuesto más tarde por el mismo Leontiev, debe recurrir al subterfugio de las ecuaciones en diferencias finitas, pero no aporta una teoría del cambio. Otros enfoques dinámicos, como los de Kalecki y Lange, recurren al mismo tipo de procedimientos matemáticos sin que ello signifique una teoría de la transformación estructural en el tiempo.

El monetarismo desplaza el centro de atención de la esfera real a la monetaria. Por lo tanto, aunque tiene una teoría del interés que es esencialmente temporal, no proporciona una teoría del cambio cualitativo en la estructura de la economía, que es esencialmente real. En otras palabras, el monetarismo tiene una visión del movimiento pero carece de una teoría del desarrollo. Podríamos decir que es una teoría unidimensional.

5. Volver a Saturno

Sería inconcebible para la teoría política moderna estudiar las relaciones de poder en ausencia de una concepción evolutiva. Por ello, las razones expuestas permiten justificar la necesidad de investigar más detalladamente esa ancha franja que comunica la economía con la política, en el contexto de América Latina. En apretada síntesis, podríamos establecer de la siguiente forma las preocupaciones centrales que resumen las consideraciones anteriores:

a) La teoría económica general y, particularmente, la teoría del crecimiento —muchas veces denominada impropriamente “teoría del desarrollo”— ha resultado insuficiente para explicar el atraso relativo y las características peculiares de la evolución económica de América Latina; consecuentemente,

⁹ Morishima, M. (1977), *La teoría económica de Marx*, Madrid, Tecnos. Dostaler, G. (1980), *Valor y precio*, México, Terra Nova. Steedman, J. (1985), *Marx, Sraffa y el problema de la transformación*, México, Fondo de Cultura Económica.

¹⁰ Koutsoyiannis, A. (1985), *Microeconomía moderna*, Buenos Aires, Amorrortu.

¹¹ Robinson, J. (1976), *La acumulación de capital*, México, Fondo de Cultura Económica.

no ha servido para prevenir las crisis ni mucho menos para remediarlas;

b) La planificación es esencialmente una actividad cuyo contexto de análisis es el largo plazo; consecuentemente, parte sustancial del fracaso actual de la planificación se debe a que no se cuenta con un marco teórico basado en el análisis a largo plazo de los fenómenos económicos; ello ha propiciado, particularmente en América Latina, el retorno de la contrarrevolución monetarista al centro de formulación de las políticas macroeconómicas y del pragmatismo político neoliberal como forma de superación de las crisis;

c) Es necesario incluir en el análisis teórico de la economía, la intervención de variables y condicionamientos normalmente considerados extraeconómicos, tales como los referentes sociocul-

turales, el efecto de pactos políticos, la autonomía relativa en la toma de decisiones por parte de los diversos actores sociales, las formaciones sub-regionales, así como la consideración de cuestiones ambientales.

d) La formulación de un marco interpretativo alternativo implica también la necesidad de replantear no sólo el enfoque y los instrumentos de la teoría, sino la metodología misma de su elaboración y abrir espacios para un método de construcción por capítulos parciales compatibles en forma modular.

En otros términos, hace falta una nueva teoría económica no sólo para interpretar la realidad latinoamericana más adecuadamente y actuar en consecuencia, sino para que la propia economía encuentre su lugar entre las ciencias del hombre.